

Álbum familiar

Chris Mosquera

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES PARA LA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TEXTO COMPLETO

Bogotá, D.C., Fecha 23 de septiembre de 2020

Señores
BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI
Cuidad

Estimados Señores:

Yo CHRISTIAN CAMILO MOSQUERA GONZÁLEZ, identificado con C.C. No. 1053604370, autor del trabajo de grado titulado *ÁLBUM FAMILIAR*, presentado en el año de 2020 como requisito para optar el título de *MAGISTER EN ESCRITURA CREATIVA*; autorizo a la Biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio el Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro Y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Muestre al mundo la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, ***“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”***, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su (s) autor (es).

Firma y documento de identidad
Cc: 1053604370

Firma y documento de identidad

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
Mosquera González	Christian Camilo

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Álvarez Gámez	Juan

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO: Álbum familiar

SUBTÍTULO DEL TRABAJO: _____ DEL TRABAJO: _____ N/A _____

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: BOGOTA AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2020

NÚMERO DE PÁGINAS: 68

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Video, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Número de casetes de vídeo: _____ Formato: ___ Mini DV ___ DV Cam ___ DVC Pro ___ Vídeo 8 ___

Hi 8 ___ Otro. Cual? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de casetes de audio: _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

ESPAÑOL	INGLES
Literatura	Literature
Canción	Song
Ficción	Fiction

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Esta obra es una autoficción en clave de álbum familiar. Un manuscrito compuesto por relatos, poemas y canciones que son fotografías y extractos sentimentales de un tiempo de la vida del autor. El relato se sustenta en una estética del fragmento y del diálogo entre dos lenguajes: el de la música y el de la palabra escrita.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

This work is a self-fiction in the key of a family album. A manuscript composed of stories, poems and songs that are photographs and sentimental extracts from a time in the author's life. The story is based on an aesthetic of the fragment and of the dialogue between two languages: that of music and that of the written word.

Tabla de contenido

Primera foto.....	7
1997.....	11
1998.....	33

A Pollito.

A Pecas, Papío, Gusa y Requesón.

Primera foto

Mi mamá guarda un álbum fotográfico para cada uno de sus hijos. Los tiene en un cajón de su armario, en Paipa. El de mi hermana mayor es rojo oscuro y tiene tapas de cuero. Están unidas por viejos anillos que alguna vez fueron dorados. No recuerdo bien el álbum de mi otra hermana, ni su color, ni sus bordes, aunque estoy seguro de haberlo visto decenas de veces, cuando era niño.

En la primera página de mi álbum de tapas blancas y anillos plateados, hay un recorte de prensa. Debajo está la primera fotografía que me tomaron. La única en la que aparecemos mi mamá, mi papá y yo. Los tres, apacibles, por un momento.

En la parte izquierda de esa primera imagen, sobre una cama de madera oscura, descansa mi mamá. Está recostada de lado y tiene una sudadera azul. Por la manera en la que la tela de su ropa se ciñe a la piel, se puede ver que su cuerpo recién se ha vaciado de mí. Sus muslos, derramados bajo la sudadera azul, buscan la tibieza del cobertor de lana. A esa cobija la recuerdo bien. La llamábamos 'La coba carmelita'. Todavía está en la casa, guardada junto a los álbumes. Tiene unas cuantas hebras menos.

En la imagen, mi mamá tiene la boca abierta e intenta esbozar una sonrisa que la fotografía no alcanza a capturar, o que ella no logra concretar.

Yo estoy en la mitad de la fotografía. Aparezco durmiendo, envuelto en un mameluco blanco. Soy la pulpa de una placenta: el fruto del fruto de un vientre, envuelto en lana de oveja. Mientras me toman esa foto, mi antigua cáscara se pudre junto a otros desechos hospitalarios.

En el tercio derecho de la imagen, recostado a mi izquierda, está mi papá. Tiene una sonrisa de boca abierta y dientes separados, como si estuviera a punto de decir algo. Su

brazo derecho descansa tras una de las barandas de la cama. Imposible ver si está recostado sobre el brazo o si abraza a mi mamá. Puede ser un poco de las dos cosas. Lleva un saco de lana, con líneas caqui y café oscuro, y un pantalón azul ennegrecido (quizás) por el contraste de las fotos. Apenas logro ver sus ojos tras los gruesos lentes que brillan por el flash.

Dos tipos de líneas se extienden en la página más antigua de mi biografía familiar. Las primeras trazan la imagen que acabo de describir: luz, contraste, profundidad de campo, bromuro de plata sobre el papel. Las segundas forman palabras que detonan otro tipo de imágenes: el recorte de prensa dice que soy hermoso (¿la hermosa pulpa de una placenta?), que soy niño, que he sido recibido por el doctor Carlos Vásquez, que nací hace una semana, que mi nombre es Juan Salvador (como mi papá, mi abuelo y mi bisabuelo. Salvador, un nombre que pesa en los hombros y que nunca llegó a ser mío), que llegué al mundo para alegrar a mi mamá y a mi papá; que mi papá es periodista de una emisora local.

La imagen que describo es la primera de un álbum familiar que intento construir en estas páginas. Este texto bien podría ser leído de esa manera. Cada relato puesto aquí es la fotografía y el extracto sentimental de un tiempo de mi vida.

La mayoría de imágenes a las que me refiero en este álbum provienen de las últimas semanas de vida de mi papá y de los primeros años de su ausencia.

Como pasa en los álbumes familiares, no he intentado hacer honor a la verdad mientras escribo. Más bien, he tratado de fijar, si se me permite ese término fotográfico, ciertos sentimientos que me visitan aún hoy, veinte años después de los hechos que cuento. Sentimientos que vuelven a mí, irresueltos, algunas mañanas, antes de que comience el día. Pensamientos aleatorios que piden ser nombrados. Momentos que buscan un lugar fuera de mi cabeza. Un lugar para existir sin mí.

Algunos pasajes han sido visitados tantas veces que la imagen/relato que cuento se ha ido convirtiendo en un objeto diametralmente opuesto a la vivencia original. He sacrificado personajes reales, ideas y situaciones, todo con tal de que en cada historia sobreviva el sentimiento.

Me interesa la tristeza, mucho más que las historias tristes.

En algunos momentos, mientras escribo, me he encontrado con imágenes/relatos que han terminado por sobrepasarme emocionalmente. Para trabajar con esos sentimientos he recurrido a un oficio que en mi caso es más antiguo que la escritura: el de la canción.

En la primera página del álbum que hizo mi mamá para contar mi historia, hay un diálogo entre imagen y palabra escrita. En mi álbum hay un cruce entre la palabra escrita y la palabra cantada. Una conversación entre prosodias.

Cuando me inundo escribiendo, saco la guitarra y me pongo a componer.

Cuando me enredo en la mitad de una canción, vuelvo al teclado y la pantalla.

Este diálogo entre oficios me ha planteado dos retos. El primero es que las letras que escribo puedan sobrevivir en la página con algo de dignidad, sin la anestesia de un acorde, una melodía o un ritmo. El segundo es crear una puesta en página que invite a la gente a escuchar la canción en plataformas digitales.

Para esto, he incluido códigos QR que le sirvan al lector como señal de que la letra en cuestión no es un poema o un relato, sino una canción: es decir, una historia que de acuerdo a mis necesidades arbitrarias requiere de una prosodia más intensa que la de las palabras escritas para ser contada. Esos códigos QR son a su vez, el vehículo para experimentar la canción, ya no en el texto, sino en la web.

La manera en la que están ubicadas las canciones y los textos son un reflejo (algo desafortunado) de mi propio ritmo de leer y escuchar música. Interrumpo una lectura para

poner una canción. Detengo un disco porque me recuerda a un libro. Salto mucho y concluyo poco. Huyo de una orilla hacia la otra, como quien espera construir, a punta de cambios de rumbo constantes, un ritmo para la vista y los oídos. Un ritmo que pueda vivir, como los sentimientos que intento escribir, fuera de mí.

1997

“Mi padre no pudo encontrar nunca dónde fijar su residencia”.

Los ríos profundos, José María Arguedas.

I.

Esta podría ser la orilla de un mar
o la de un lago inmenso
como esos
en cuyos bordes chocan dos o más países

esta podría ser
la orilla de un río
de una sola orilla
o una pintura
sin bordes a la vista

si así fuera
yo podría ser
un pequeño margen de pintura
un borde sin luz
parte, detalle o accidente
de una escena que jamás podré ver

frente a mi orilla
el agua viene y va
respira sobre mis pies
se mueve por el suelo

como un arrullo

es un sístole

que provoca un diástole

un sístole

que encierra un diástole

bajo la arena

siento latir

un mundo de plástico

sobre el agua

un cielo negro se lamenta

iluminado

con una sola bombilla triste

Carritos chocones

Re mayor fue mi primer acorde en la guitarra. Me lo enseñó mi papá una Semana Santa. La última que estuvo vivo. Llevaba seis años sin verlo. A simple vista, todo en él parecía marchar bien. El pelo crespo intacto, intacta su nariz respingada. Intactas las cicatrices por el uso y abuso de las cuchillas de afeitar. Intacta su voz grave. La voz que me enseñó el mundo.

Por dentro era otra cosa. Hacía tiempo que su médula ósea no producía glóbulos rojos. Ninguna herida en él sanaba. La sangre se le escapaba en hemorragias nocturnas. La había empezado a coleccionar en tarritos que ponía junto al lavamanos y marcaba con nombres de ciudades. A uno le había puesto Puerto Ordaz. A otro, Armero. A otro más, Paipa.

El presentimiento de que iba a morir pronto lo había curado de la rabia y de la impaciencia de otros días. Todo parecía resuelto en su interior, menos la tristeza. Lo veía sereno, contando las historias de siempre a sus amigos de toda la vida, que lo miraban en cada visita con ojos de última vez.

A mi parecer, su única preocupación visible era enseñarme a tocar guitarra.

Después de Re, me enseñó Sol y La Mayor, para poder cantar el Himno a la alegría. Fueron lecciones a regañadientes. A mí me dolían los dedos, sobre todo en las puntas que se ampollaban.

Entonces había que sacar el agua que se aglutinaba bajo la piel con un alfiler, preferiblemente hirviendo, para que la herida no se infectara. Mi papá me decía que era normal, que solo pasaba al principio, que luego salía un callo y las ampollas no volvían a aparecer. Gajes del instrumentista.

Al terminar cada clase de guitarra íbamos a dar una vuelta al parque. A veces, un poco más lejos. Caminábamos lento y buscábamos siempre la sombra. La ciudad no se agotaba. Sin bordes a la vista, cada barrio era un mundo nuevo para mí.

Dos días antes de mi regreso al pueblo fuimos un poco más lejos de lo normal. Pasamos por un parque de diversiones improvisado sobre un potrero. Cada atracción tenía bombillos apagados en sus bordes. De noche el lugar podía parecer un carnaval de luz amarilla, pero con el sol de la tarde aún cayendo era fácil detectar el óxido en los aviones, que colgaban de cadenas aún más oxidadas y giraban en torno a un poste maltrecho. Una rueda mágica giraba lenta, como adormilada, y sus sillas chillaban al mecerse.

¿Pá, qué fue lo que pasó entre mi mamá y tú?

En el fondo del parque había una carpa con media docena de carros sin ruedas sobre una pista magnética. Mi papá revisó sus bolsillos, buscaba monedas. Creo que esperaba que me subiera. Estás muy pequeño para tanta cosa, Cabezón. Cuando seas más grande vas a entender.

En el lugar no había más de diez personas, incluyéndonos. Yo también pensé en subirme a alguna atracción, pero me costaba imaginar a mi papá zarandeando su leucemia entre carritos chocones.

Fuimos de regreso a casa, despacio. En las puntas de mis dedos ampollados podía sentir los latidos de mi corazón. Tomé de la mano a mi papá para sentir su ritmo cardíaco. Estaba helada. Él también había sido alguna vez un carnaval de luz amarilla. Ahora el óxido lo carcomía. Apenas esperaba a que se rompiera la cadena.

Carnaval



Carnaval

de luz amarilla

se apaga todo lo que en ti brilla

de la noche en expansión

fuiste la constelación

pero pronto saldrá el sol

carnaval

de sombra y polillas

fuego de una noche sin bombillas

fuiste el baile y la canción

la violencia y el amor

pero el tiempo se agotó

carnaval

de día y pastillas

se apagó todo lo que en ti brilla

todos a sus casas van

con

la primera luz del sol

el ocaso te hiere y

te humilla

la agonía acabará

junto a todo lo demás

pronto todo ocurrirá

II.

Sobre el agua

casi flotando

a contraluz

dibujada por la única bombilla triste del cielo

se acerca una balsa de plástico

dos pescadores reman

sobre ella

y hacía mí

de camino

tiran sus redes

las recogen vacías

e intentan otra vez

son un sístole

que provoca un diástole

un sístole

que encierra un diástole

comparten el silencio

de quienes se han dicho todo

detrás de ellos

un pez color tierra

los acecha

Requesón

No quiso, dijo mi abuela, tras colgar el teléfono. Que no venía si no era con el novio. Requesón ya no me quiere, respondió mi papá, sin alzar la cabeza. Mi abuela abrió las cortinas de la ventana. La luz de la tarde se apagaba, a lo lejos. Los últimos rayos de sol, naranjazules, venían a morir sobre la cama de mi papá. Era su último día. Nadie lo sabía aún.

Mi abuela le acomodó las almohadas y se sentó en el sillón junto a la cama.

Requesón ya no me quiere, repitió con los dientes entrecerrados, como para sí mismo.

La amaba mucho más que a mí.

Un día, antes de que yo naciera, mi papá descubrió la memoria fotográfica de Requesón. Con tres años, se aprendía al pie de la letra las frases de todos los cuentos que le leían en el jardín.

Emocionado, mi papá la convenció para que fingiera que sabía leer delante de sus amigos de la emisora. Practicaron juntos un par de semanas. Él le recitaba los textos, página por página. Ella los repetía de memoria. Un viernes invitó a la casa a sus compañeros de trabajo. No se habían acabado la primera cerveza cuando salió Requesón a la sala con su libro, más grande que ella, y sin más, empezó a leer:

‘Éranse una vez un hombre y una mujer que desde hacía mucho tiempo deseaban en vano tener un hijo (cambió la página) hasta que un día la mujer se dio cuenta que Dios convertiría su deseo en realidad’.

¡No joda! ¿Tan chiquita y ya sabe leer?, dijo Pedro, el técnico de la emisora. Claro, desde los dos años la tengo practicando, respondió mi papá. Requesón esperó a que terminaran de interrumpirla, cambió la página de nuevo y continuó:

‘La pareja tenía una casa con una ventanita trasera, desde donde se divisaba un magnífico jardín, lleno de hermosísimas flores y plantas’.

¡No le creo! la hizo aprenderse unas líneas, dijo Pedro. Escoja la página que quiera que la niña lea, le respondió mi papá. Requesón le llevó el libro a Pedro. Pedro lo cerró y lo abrió al azar. Requesón miró la página, las líneas sobre ella y sin titubear, dijo:

‘Rapunzel era la niña más hermosa del mundo. Cuando cumplió doce años, la bruja la encerró en una torre en la mitad del bosque, que no tenía puerta ni escalera; tan solo una pequeña ventana en la parte más alta’.

Mi papá y Requesón repitieron el chiste con cada nuevo visitante y nuevos cuentos, hasta que mi papá decidió que lo más fácil era enseñarle a leer de verdad. Antes de los cinco años, Requesón había aprendido a leer, a escribir y a tocar guitarra. Mi papá le compró la versión infantil del Quijote y le enseñó canciones de Leo Dan. La llevaba a la emisora con él, para que hiciera de niña en comerciales de yogures y de dulces. Volvían a casa con un motín de paquetes como pago. Cuando mi papá no iba a dormir porque tenía turno de noche, Requesón se vengaba de él orinando su colchón mientras dormía. Se ponía insoportable con todo el mundo. De ahí el apodo.

Requesón, introvertida hasta el cansancio, encontró en mi papá a alguien con quien ser. Una llave al mundo exterior. Tenía casi diez años el día en que mi papá se fue.

Durante los primeros meses en los que dejamos de verlo, Requesón prolongó su berrinche silencioso de orines nocturnos y rabiosos. No cedió a los chancletazos de mi mamá, que se fue resignando a asolear el colchón y a lavar las sábanas todas las mañanas.

Un año después dejó de mearse, de golpe. Al año siguiente, empezó a grabar las canciones de la radio que le gustaban sobre los viejos casetes de mi Papá. Pasados tres años, cambió los vestidos de moño por bluyines rotos, sacos deshilachados y camisetas de Nirvana. A los cuatro años conoció a su novio. A los cinco, terminó el colegio y empezó la universidad. A los seis, se fue a vivir con su novio, junto a la facultad de Publicidad. Ella estudiaba. Él vendía tinta para impresoras.

No volvió a tocar la guitarra. Jamás volvió a hablar sobre mi papá conmigo o con mi mamá. Cuando nos enteramos de que mi papá había vuelto, cuando supimos que iba a morir, cuando mi mamá por fin accedió a que lo viéramos, ella dijo que no iría sin su novio.

Sí te queremos, Pá, pensé yo. Pero es raro. Quererte sabiendo que te fuiste tanto tiempo. Quererte sabiendo que te vas a ir otra vez. Mi papá trataba de leer una revista vieja en cuya portada había una niña, un poco menor que yo, de pelo corto y crespo, que rodeada de escombros y con la cara llena de barro, se agarraba a un tronco para no terminar de hundirse.

Sí te queremos, Pá, fue lo único que dije, aunque sabía que su dolor no era por mí.

III.

Lo han visto al acecho

y han lanzado la red

la red entera

para atrapar a un solo pez

que no escapa

les he dicho

un pez de tierra no es comida

me han dicho

si este nos sigue

es porque quiere serlo

han tirado de la soga

y el pez ha salido del agua

casi por voluntad propia

se ha dejado morir pronto

me hundo entre la arena

de esta orilla

de la que soy parte, detalle o accidente

escucho la voz de mi abuela

llamándome

una vez

como un murmullo

y luego

desesperadamente

la voz de mi abuela

es como una ola

sobre todas las demás

IV. (Papío)

Despierto. Voy al baño. Una gota de sangre espesa cae sobre el lavamanos, junto a un frasquito de plástico de tapa púrpura. Mi papá ha guardado otra muestra. Hace semanas lo han desahuciado. No le queda nada más que una espera ciega, interrumpida por cólicos nocturnos, inyecciones y mareos.

La última gota de su última hemorragia ha caído por fuera del frasco. Se ha secado sobre la baldosa del lavamanos. Mi papá trata de limpiarla. Con la primera pasada de la toalla, la mancha adquiere forma de ola. Algunos peces pequeñísimos la rodean, inertes. Mi papá no la alcanza a limpiar del todo. La deja allí como testimonio. Siente algo parecido a una llovizna fría en su frente, que lo empieza a paralizar. La sensación le rodea el cráneo y penetra los recovecos en los que se esconden sus recuerdos más viejos.

Abre la puerta del baño, da un par de pasos hacia el cuarto y se deja caer de frente contra el suelo. Cae una última vez. La definitiva. Mi abuela trata de levantarlo. Me paraliza. Los veo a los dos en un silencio lleno de sollozos. Mi papá, tirado en el suelo. Siento un calor nuevo y doloroso en los ojos: en la garganta. Me inundo todo en un llanto sin gemidos ni lágrimas. Un llanto mudo. Estoy decidido a no moverme más.

Mi abuela trae unas almohadas y se acurruca junto a su hijo. Acaricia su pelo y abraza su espalda. Como puede, lo gira boca arriba. Pone una almohada entre la cabeza de mi papá y el suelo. Su llanto gana en fuerza lo que el mío en silencio. Le acomoda otras almohadas junto a los brazos y debajo de las piernas. Lo besa. Papío, mi corazón, dice, casi rezando, mientras mi papá se va de la vida junto al vientre que lo parió. Papío, mi amor, el hijo mío, susurra mi abuela, pero mi papá solo escucha ecos. Ecos y luego nada. Se ha

vuelto un bulto de piel inerte, junto al pasillo de la casa de mi abuela. Se ha ido otra vez, ha vuelto a hacerlo.

Pudo haber sido un día feliz

Pudo haber sido un día feliz. Mientras arreglaban el cuerpo de mi papá, me llevaron a la casa de una tía que vivía cerca a mi abuela. Me sentaron frente a su televisor gigante. Me compraron un Bonyurt. Pusieron una peli (en mi casa no había televisor grande ni VHS). Le pidieron a mis primos que me acompañaran a verla. Cuatro hombres cazaban fantasmas con cuatro armas que disparaban truenos de colores. Los fantasmas eran de colores también. No estés triste, decía mi tía. Luego me puso otra peli, una de espías británicos. Dos estrenos en un día. De camino a la funeraria, vi por última vez en muchos años, la ciudad. Vi edificios altísimos y me soñé viviendo en ellos. Aviones también vi.

Me bajé del carro de mi tía. Mi mamá había llegado a saludarme. Traía una falda oscura y un saco morado. Los colores así le sentaban bien. Resaltaban sus ojos verdes. Sus pecas. Nadie la saludó. Estuvo un rato conmigo en la entrada de la funeraria. No quiso entrar. Prométeme que no estarás triste, Cabezón. Ya viene en camino Requesón. Me voy a quedar donde mi hermano. Mañana vengo por ustedes y volvemos al pueblo.

Dos pelis, edificios, aviones: No estés triste, pensé.

Otra tía me recibió al entrar al salón en cuyo fondo ya estaba mi papá. Come algo, estás muy flacucho, seguro que no has almorzado. Camilo, (así se llamaba mi primo mayor), llévalo a comer algo. Camilo me llevó a comer una hamburguesa que vi días antes, en un comercial de televisión. Tenía cebollas fritas, oscuras, dulces. No llores, me dije, pudo haber sido un día feliz.

Mi papá había dicho que tenía un regalo para mí. Que me lo daría antes de volver al pueblo. No quise preguntarle a nadie por él. A lo mejor aún no lo había comprado. Yo tenía sus regalos en una caja. Sus regalos eran él. Mi papá verdadero eran las cosas que me dejó,

las cosas que dejó en la casa: las que sobrevivieron a las quemaduras de mi mamá. Un casete de Leo Dan y un walkman amarillo, con una tapa en forma de Volkswagen. Una pistola que disparaba una goma de espuma como la de un micrófono. Un avión morado y pesado que no volaba. Un libro de Edgar Allan Poe que nunca leí. Otro, cuyo título no recuerdo, era sobre un burro y su dueño, sobre el dolor de un hombre que perdía a su burro.

Volví a lo inevitable. Cuando entré a la funeraria ya había llegado Requesón. Me paré junto a ella. Mi papá estaba metido en un cajón, con los labios secos y cerrados. Sus gafas de lentes gruesísimos seguían puestas. Ya nunca más las empañaría con su aliento para limpiarlas. Tenía las manos entrelazadas, frías. Seguía allí su garganta pronunciada y su boca, pero su voz ya no estaba. La voz no existe, no es un órgano ni un lugar, pensé. Cuando salimos de la funeraria, la noche caía sobre los edificios sin borde, que brillaban a lo lejos como las luciérnagas del pueblo.

Cenizas

Para espantar el insomnio, prendí la radio. Cada noche, a las diez, una emisora transmitía canciones nuevas de todo el continente.

El estreno de esa noche era un reggae argentino. Lo importante del reggae, decía el locutor, es el acento en los tiempos débiles. Escuchen: es la insurrección del tiempo dos y cuatro, frente a la tiranía del uno y el tres.

La canción empezaba con un piano. Bien podría ser de un bolero o un cha cha chá. Un redoble marcaba la entrada de una batería mareada, lenta y cruda. Sobre ella se escuchaba un saxofón que cosía el letargo del ritmo. La letra era sobre un hombre sufriendo porque no creía en su pareja: estaba herido por una desconfianza mutua. ‘Universos de tierra y agua’ lo alejaban de su amor.

Pensaba en el dolor del cantante cuando sonó el teléfono. Escuché a mi mamá atravesar el viejo suelo de madera de la sala. Los listones de la casa crujían con cada paso suyo. En un movimiento lento, como apaciguando al cantante, moví la perilla del volumen de mi radio. Quería escuchar la llamada. Mi mamá alzó la bocina y saludó. Qué hubo. Cuénteme.

No.

No.

No.

Usted no me viene a decir qué piensa de mí, qué le gusta y qué le disgusta de su mamá, culicagada, porque los pájaros no le apuntan a las escopetas. Sí, yo soy su escopeta.

Le disparo la plata con la que usted paga la universidad, la plata con la que llama a decirme lo que no le gusta de mí. Si algo no le gusta, vaya a que la mantengan las hermanas de su papá, porque yo llevo cinco años sin comprarme un calzón con tal de alcanzar para su colegio y ahora su universidad. ¿No pueden ellas? ¿No dizque son de mejor familia? Claro, es que ahora se sienten unas señoras de ciudad con sus carros, sus apartamentos y sus cubiertos, pero cuando estábamos en el colegio se prestaban los zapatos de lo pobres que eran. Pobretonas con plata. Eso son. ¿Así quiere ser usted? Entonces explíqueme, que no entiendo... ¿Qué es eso que no le he dado para tenerla así de descontenta? ¿Sabe qué?, todo eso que usted necesita y no tiene no es más que la falta que ha hecho el vago de su papá, a quien usted tanto adoraba, que se perdió del mapa luego de romperme la jeta y dejarme ciega por tres meses. Y luego volvió, pero para morir. ¿No se acuerda? Pues yo sí. Entonces, si le hace falta algo, vaya y venda las cenizas de su papá, a ver si con eso consigue lo que necesita.

La bocina se estrelló contra el teléfono. La canción iba por el coro:

‘Calaveras y diablitos invaden mi corazón’.

Al otro lado de la línea se había quedado Requesón, sorda por el aluvión y sin derecho a réplica. Ya no le gustaba que le dijéramos así (nunca le gustó). Me la imaginé en la extraña situación de tener que vender las cenizas de mi papá. Dos libras de polvo y madera. Botones, ropa, carne, las patas calcinadas de una gafas de plástico, un suéter verde, un cáncer terminal. Todo hecho polvo. Polvo que no vuelve al polvo. Polvo a la venta, polvo en trueque, polvo de Papío, polvo mágico que alivia las heridas financieras de la casa.

¿A quién le vendemos las cenizas, Má? Tendríamos que vivir en otro mundo. Uno en el que el polvo se atesorara como algo sagrado. Uno sin escobas. Uno en el que nos

estuviéramos quedando sin piso, sin mar, sin fondo y con el enorme riesgo de derramarnos sobre el vacío. Allí, las cenizas sagradas le permitirían a su dueño sostenerse en un puñado de tierra para no caer en lo profundo de la nada.

Volví a subirle a la radio para apaciguar la tristeza. ‘No quiero morir sin antes haber amado, pero tampoco quiero morir de amor’, decía el cantante: ‘Calaveras y diablitos invaden mi corazón’.

Padre



Padre, padre, no regresas
tus discos siguen en casa

padre, madre no te espera
su corazón hierve y sangra

el amor, esa herida
que arde siempre en la ausencia

padre, no te veré jamás
serás por siempre ayer

padre, no te veré nunca más
serás por siempre ayer

1998

Las penas y las vaquitas se van por la misma senda

Las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas.

Y prendido a la magia de los caminos, el arriero va.

Atahualpa Yupanqui

Caricia

Vivimos de ella tanto como pudimos. Del fruto de sus ubres. De los calostros y la leche: del queso, la cuajada y el suero. Caricia no nos dio la vida, pero nos permitió pagarla, pagarnos, vivir.

Debimos cuidarla mejor.

De todas las vacas que mi mamá heredó del abuelo, Caricia era la más generosa. Ninguna logró sus hazañas de animal lechero. Mientras cada una de las otras daba seis o siete botellas al día, Caricia nos entregaba veintiocho. A veces treinta. Llenaba los baldes y las cantinas. Nos rebosaba. Mandaba entre otras nueve, incluidas un par de hijas suyas. La manada la seguía a donde quiera que iba.

Mi mamá la quería.

Caricia atendía el llamado de mi mamá.

Cada día, a la hora del ordeño, antes del amanecer, se encontraban. Quen-es-mi-Ca-li-cia, mi-Ca-li-cia-que-li-da, mi-Ca-li-ci-a do-la-da, le cantaba mi mamá, a media lengua. Amarraba con el lazo sus patas traseras. Nunca muy fuerte. Apenas lo suficiente para que sintiera la restricción. Lo hacía pensando en mí, en que Caricia no me pateara al verme. Mi mamá jamás necesitó lazo para ordeñarla o vara para arriarla: le bastaba con entonar su vallenatico sin erres.

Como era inmensa y abundante, debíamos turnarnos para ordeñarla: un rato mi mamá, otro yo. Apretujábamos sus tetas con nuestros dedos, desde la raíz hasta la punta, como un tubito de leche condensada que vuelve a llenarse cuando se acaba.

Terminado el ordeño, cansadas las manos de estrujar, llenas las cantinas hasta casi derramarse, mi mamá guardaba la leche en su Renault cuatro del 82, se sentaba frente al

timón, ponía un casete de José Alfredo Jiménez y arrancaba, lejos del pueblo, hacia las montañas, en donde vivían los queseros que nos la compraban. Trescientos pesos por botella. Y media docena de quesos maduros, o un pollo criollo, cada mes.

Con el producido, mi mamá pagaba las pensiones del colegio, la gasolina del carro, la universidad y el arriendo de Requesón. Incluso los servicios y el mercado.

Cuando la recibimos, Caricia era una ternera. Ella, una mula rubia, otras cuatro novillas y un terruño (en el que habíamos vivido desde siempre, aunque sin escrituras), fue todo lo que nos quedó del abuelo, luego de un proceso de sucesión entre mi mamá y sus dos hermanos, en el que no faltaron los arañazos, las mordidas, los golpes secos y los insultos; los pelos arrancados, las uñas enterradas en la piel ajena y las peleas a grito abierto en notarías.

Mi mamá nombró a todas sus vacas como a personajes de televisión: Paquita, Gaviota, Kassandra, Loli. A Caricia quiso ponerle Alicia, como la protagonista de su novela favorita. Protesté.

El nombre se lo debería poner yo, porque es pequeña, dije.

Hubo un silencio.

¿Cómo le quieres poner?

Carusa

Horrible. ¿Por qué Carusa?

Para que se llame como el toro del abuelo. El que cuidaba a las vacas.

Los toros no cuidan a las vacas. A las vacas las cuido yo. Alicia es más elegante.

Caricia entonces, dije. Es como Caruso y Alicia: así quedamos felices los dos.

Está bien, dijo mi mamá, feliz a medias.

Antes de que se fuera a la universidad, Requesón y yo jugábamos con ella. Cuando llegábamos del colegio, con el saco del uniforme en la cintura, Caricia veía nuestras camisas blancas y, pensando que éramos leche, se nos acercaba con brincos de perro, nos buscaba las manos y las chupaba con su lengua de toalla mojada. Succionaba nuestros dedos con su baba sedienta. Requesón y yo: dos madres secas.

Cuando creció se fue haciendo más arisca y distante, hasta olvidarnos, a mí y a mi hermana, por completo. Su rebelión y la consciencia de su cuerpo inmenso fueron acrecentándose hasta que una mañana, sin más, empezó a romper las cercas de púas y los alambrados eléctricos, se comió los sembrados de la huerta en la que mi mamá había sembrado cebolla y maíz y trató de montar a Loli y a Cassandra. Durante un par de días, Caricia, violenta e inmensa, nos atormentó con sus ojos gelatinosos y negros, con esa fuerza que ningún corral contenía. Estábamos tan asustados que no nos dimos cuenta que, del otro lado de la cerca, el toro de mi tío vivía su propia ebullición. Al tercer día, inundado por el desespero, el semental rompió las cuerdas eléctricas de su cerca (quedó todo arañado), atravesó el alambrado de púas que dividía los dos lotes, cruzó el vallado y montó a Caricia.

Fue el fin del terror.

Era un toro de exhibición y quedó arañado como un sicario, maldijo mi tío por teléfono cuando se enteró.

Caricia volvió a ser casi la misma de antes. Nunca más nos quiso, ni a Requesón ni a mí. Jamás trató de saciarse en nuestras manos de nuevo. En cambio, comenzó a seguir a mi mamá por todo el terruño. La acompañaba a lavar la ropa, a resembrar la huerta, a remendar las cercas, a fumar bajo los eucaliptos. Cuando mi mamá salía en el carro para

vender las modestas botellas de leche que canjeábamos por vida, Caricia la seguía, por detrás de la cerca, hasta el final del lote.

Pudimos cuidarla mejor.

Clímaco

Vergara medía uno noventa. Era turbio y largo. Veinticinco años atrás se había convertido en la joven promesa del atletismo regional. Quienes lo vieron competir decían que no era tan rápido. Su truco era elemental: al ser más largo que sus competidores, necesitaba menos pasos que cualquiera para llegar a la meta. En tres o cuatro zancadas agotaba la pista.

Tuvo un par de carreras memorables. Ninguna tan buena como para alcanzar renombre. Rompió tres récords regionales, sí, pero en tierra de ciclistas, no de corredores. A falta de competencia, terminó consagrado como leyenda local.

Nosotros, sus alumnos, vivimos sus años menos felices. La misma libido del atleta, sin sublimar, pudriéndose por décadas, como una conserva rancia, en su cuerpo de cincuentón.

Vergara enseñaba educación física. En sus clases de gimnasia se obsesionaba por corregir cada postura errónea en los cuerpos de mis compañeras de clase. Cada ángulo tenso. No era Parkinson lo que se escondía detrás de ese temblor en sus manos, entre correcciones y roces. Algo más palpitaba en la gelatina venosa de sus ojos verdes.

Es un viejo inmundo, me dijo alguna vez Raquel, camino a casa. Hoy me cogió la espalda, casi la cola, con esos dedos de anguila. Yo estaba practicando una parada de manos y se me acercó sin que lo viera. Me agarró fuerte y me dijo que sacara la cabeza hacia adelante para que no me fuera a caer. Si por mi fuera, yo me habría tirado al piso. Cualquier cosa con tal de estar lejos de ese hocico de caballo viejo. Pero entonces me habría hecho repetir la parada. Saqué la cabeza y por fin me soltó. La metí para dejarme ir y me agarró de nuevo, duro. Otra vez esas manos babosas aprentándome abajo, o mejor dicho

arriba, porque yo estaba parada al revés. Me dijo que lo intentara de nuevo, que la práctica hacía al maestro. Quién sabe qué tipo de práctica lo hizo a él, remató asqueada mi compañera de clase, mientras salíamos del colegio a nuestras casas.

Raquel vivía en el último barrio del pueblo.

Quince minutos después de su casa, a diez postes de luz, estaba la mía.

Cada día compartíamos parte del camino.

Tenía las pestañas largas, los ojos oscuros, la piel tostada; dientes blancos con dos colmillos perfectos a lado y lado de los incisivos; y una quemadura pequeña, junto a su ojo derecho.

Solo hablábamos cuando íbamos a casa.

A todos nos pareció sospechoso el día que Vergara anunció que quería enseñarnos natación en la piscina nueva del pueblo. Nos lo anunció al final de una clase, luego de dos mil metros de trote, mientras jadeábamos como si tuviéramos sus cincuenta años y no nuestros once.

Tenemos un nuevo convenio entre el colegio y la piscina municipal, dijo, y queremos aprovecharlo para que aprendan a nadar. La gelatina de sus ojos temblaba. No contamos con una piscina olímpica, sino con una de agua termal, salada y densa. La del volcán que vive aquí, debajo de todos nosotros. Los espero la próxima clase a todos, con traje de baño para la práctica.

Mis compañeras de salón se miraban entre sí, aterradas. También nosotros (mis compañeros y yo) imaginábamos la posibilidad de verlas (sobretudo a Raquel) sin las medias del colegio, sin los zapatos de cuero negro y goma blanca, sin el saco, sin la camisa que Caricia habría confundido con leche, sin la jardinera de pliegues y cuadros. Verlas con nuestros ojos de niños pajudos, con las gelatinas de nuestros propios ojos. Verlas con esa

nueva sed que era vieja en Vergara. Vieja y subterránea como el volcán que vivía debajo de todos nosotros y que transpiraba el agua salada en la que nos bañaríamos a la semana siguiente. Nadar es el más completo de los ejercicios, remató el viejo, y por eso queremos que esta práctica haga parte del programa estudiantil.

El día de la clase olvidé en casa mi pantaloneta de baño y la toalla. Como el lote quedaba de camino a la piscina municipal decidí desviarme para recoger ambas cosas.

Salimos del colegio en grupo. Vergara dirigía el paso, feliz y tembloroso.

Me fui quedando atrás, sin decirle a nadie, hasta desviarme hacia mi casa. Pensaba recoger mis cosas y seguir. No necesitaba llegar temprano, yo sabía nadar. Mi mamá me había enseñado: Cierras los ojos y pones tus brazos adelante, como una flecha, como si te fueran a disparar. Te impulsas con la escalera hacia el frente y fluuuuuuuuuuush, el agua por entre los oídos, el agua que atraviesas te sostiene. Si no te mueves, el agua te hunde. Tu abuelo nadaba como un pez. Le decían el sardino. Para un insecto el aire es tan denso que le toca abrirse el paso a aletazos por el mundo. En el agua somos como insectos. Un brazo y luego el otro, empujando como remos. Como tu abuelo, un pez con remos. No te engarrapates o te hundes. Mosca que se engarrapata, no vuela. Rema, sardinito.

Cuando llegué al lote vi una camioneta verde, de dos puertas, al lado del Renault. Caricia estaba detrás de la cerca, junto a la casa. Una ventana se había quedado abierta. Mi mamá tiene visita, pensé. Me acerqué mientras sacaba las llaves. Dos sonidos que venía escuchando pasos atrás fueron tomando forma. Eran jadeos a contratiempo. Uno agudo y el otro grave. Se sentían arrítmicos, desesperados.

Asomé la cabeza por entre la ventana, tanto como pude. Vi dos piernas sobre el suelo, enredadas en un pantalón de pana y zapatos de cuero negro. Otras dos, las de mi

mamá, se mecían enroscadas alrededor de las primeras, como culebras que ahogan a su presa.

No pude ver más. Guardé las llaves despacio para no hacer ruido y golpié en la puerta. Escuché zarandeos rápidos, como de perro azarado. ¿Quién es? dijo mi mamá, mientras sus piernas y las de los zapatos de cuero se ponían de pie. Yo, mami.

Alguien abrió la puerta del baño. ¿Cabezón, qué haces aquí? Sonó la cisterna descargándose. Vine por la pantaloneta, que se me quedó. Hoy tenemos natación, no encuentro las llaves.

La casa hervía como un sauna de agua termal. Entré rápido, mirando al suelo. Agarré la pantaloneta y la toalla. Las había dejado en el baño. Un condón flácido flotaba en la cisterna: su punta era un nevado derritiéndose en el agua.

Mira mi amor, te presento a Clímaco, un amigo mío. Tenía la piel morena, cuarteada. Hijo, cómo estás, mucho gusto, ¿vas a nadar? El pelo engominado y liso. Qué bueno que los muchachos de hoy estén aprovechando la piscina nueva del pueblo. Unas patillas blancas, largas y tupidas florecían sobre sus cachetes inflados. Vivimos en las montañas, sí, pero las nuestras tienen lagos y ríos. Tienen un volcán, que vive aquí debajo nuestro, y que en lugar de hacer erupción, respira a través de aguas termales, en las cuales abunda el hierro, el bromo, el sodio y el fósforo; no ese con el que tu mamá cocina (sonrió esperando mi risa como respuesta), sino uno con el que se forman tus huesos y dientes; un fósforo que en ti no ha terminado de encenderse. Cuando quieras te lo explico con calma, soy químico y profesor. Sé que vas de afán. Si quieres toma mil pesitos y con eso no te vas a pie sino en el colectivo. Y toma otros mil, porque el agua de las piscinas da una sed terrible.

Guardé la plata junto a las llaves y me fui caminando, escapando sin prisa del calor termal de mi casa. Veinte postes de luz después, al lado de las piscinas, junto a la entrada, un pozo de agua y algas hervía como una gran sopa de espinacas.

Olía a mi mamá y a Clímaco.

Por aquí respira el volcán, me dijo uno de los empleados de la piscina al verme embobado, con la mirada perdida entre el agua hirviendo.

Volcán



Una erupción subcutánea lo calienta todo en mi interior

una pulsión se derrama por las grietas de lo público

y voy a frotar

y voy a temblar

hasta el día en que por fin puedan

respirar

tu volcán y el mío

y conjurar la tensión

transgredir tus paredes ígneas

aunque sea en la imaginación

en la ficción

una erupción subcutánea lo calienta todo en mi interior

una pulsión se derrama por las grietas de lo público

de lo público

de lo onírico

de lo errático

de lo impúdico

de lo acústico

de lo lírico

de mí

La Garra

Tenía un sillín largo, rojo

y por espaldar

una 'n' alargada

alta

como si alguien quisiera

sentarse a dormir en ella

o cerrar los ojos

y echarse a rodar cuesta abajo

por la pendiente que vuelve

de la casa de los queseros

tenía un sillín largo, rojo

y un manubrio curvo

como una sonrisa

plateada

irónica

férrea

tenía un sillín largo y rojo

y sobre la rueda trasera

una reja

en la que mi mamá cargaba

quesos, leche

cosas del mercado

o a mí

en ese tiempo en el que

yo era algo que cargar

el hecho es que

cuando llegó el Renault

fue cayendo en desuso

se oxidó su manubrio curvo

parecía una de esas sonrisas

que se desgastan

y terminan revelando

una honda tristeza

café

irónica

y férrea

tenía un sillín largo y rojo

un sillín de cuero

que se rompió de tanta lluvia

de tanta quietud e intemperie

mi mamá dijo un día

que yo debería usarla para ir al colegio
estaba podrida de recibir llamadas

Señora

su hijo siempre llega tarde

Señora

en un espacio tan pequeño del mundo

su hijo encuentra la manera

de alargar los quince postes de luz

que lo separan del salón de clase

deberías usarla para ir al colegio

insistió

aquella segunda vez

supe

que no era una sugerencia

y que no habría tercera

mis compañeros de clase

en sus bicis rojiazules

con sus manubrios rectos como horizontes

sus palancas y sus frenos

oliendo aún a compra nueva

y yo en la garra

(así le pusieron mis amigos)

lenta

pesada

férrea

etcétera

en cada lento pedalazo avanzábamos

el sillín largo y rojo

el espaldar con forma de 'n'

las ruedas torpes

la cadena presidiaria

el manubrio

sonriendo con su óxido triste

y yo

quince postes de luz, todos los días

ya no volvería a hablar con Raquel

Barranco

¿Por qué están las vacas junto al barranco, Má?

Porque ya no queda pasto en el lote, solo aquí.

¿Y cuánto se demora en crecer el resto?

Siete semanas, cuando llueve.

¿Tú las cuentas? ¿Tú cuentas las semanas?

Claro, si no llevo la cuenta, el pasto se puede acabar, y entonces me tocaría comprárselo a tus tíos, que me lo venden carísimo, como si fuera mejor que el nuestro, como si este no fuera el mismo terruño que todos heredamos y por el que ninguno trabajó.

Pero contando las semanas, tampoco tenemos pasto, Má.

Porque yo no le digo al cielo cuándo llover. Así como tampoco le digo a este barranco que vuelva a ser un río. Le quedan unos chorritos a Caricia, sácalos y te haces desayuno.

Mi mamá empacó las cantinas en el Renault. Se puso un gorro de piel de conejo que por alguna razón amaba y que Requesón y yo aborrecíamos. Arrancó hacia las montañas. Caricia trató de seguirla, pero al sentir el lazo en las patas se contuvo: fue difícil ordeñarla. Yo tenía el presentimiento de que, sin mi mamá, en cualquier momento me patearía.

Amanecía.

Cantinas no quedaban. Alcancé la última olleta disponible en el potrero. Estaba llena de hendiduras y le faltaba una oreja. La sostuve bajo la ubre con una mano. Con la otra, apreté las tetas cansadas de Caricia. Unos cuantos chorros. Dos pelitos diminutos,

como rayones sobre una hoja en blanco, cayeron sobre la leche. Los corrí con un dedo y me la tomé, tibia aún, mientras regresaba a la casa.

Agarré mi maleta y vi de nuevo a las vacas. Las conté a todas sin saber que era la última vez. Me subí a la garra y pedalié hasta llegar al colegio.

La venta

Me haría más que un bien si me las compra, Don Oliveiro. Yo sé que están secas, las pobres. Tienen dos o tres partos, nada más. De golpe, las próximas crías les ablandan las ubres. Yo las tuve así, ariscas y pocaleche, el tiempo que más pude. Fueron lo que me quedó de mi papá. Sí, con todo ese pleito de la herencia, imagínese si no las iba a cuidar. Caricia me ayudaba a sostenerlas. Pero ahora no tiene sentido: ¿con la mitad de la leche y los mismos gastos?, imposible. En nada viene el otro semestre de la niña. Sí, ya está en la universidad. Estudia publicidad, yo siempre la vi pegada a los libros. Yo siempre supe que su mundo estaba allí. Sí, en la ciudad. Aquí una publicista para qué. Estoy ofreciéndolas a quinientos mil pesos por cabeza. Lo de tres semestres. Me haría mucho más que un bien si usted las compra, Don Oli, por todos los años de amistad entre sumercé y mi papá. Cabezón está en sexto. Le gusta cantar, pero yo le he dicho que como el taita no. A mí no me va a salir con las borracheras, ni con la peleadera que Papío se mandaba. Si me las recibe se las puedo dejar en cuatro millones y cerramos el negocio. Yo le puedo dar una espera, hasta que se venga lo del otro semestre. Le encimo las cantinas, si quiere. Le tocaría a sumercé venir por ellas, porque en el Renault no me cupo ni Caricia por partes. Imagínese, nadie me la quiso ayudar a enterrar. A las horas llegaron los del matadero y me ofrecieron dizque plata por la carne. Por la carne de Caricia, por las chatas, por la lengua. Por sus paticas. Caricia en una paila, al almuerzo. Yo no como carne. No me comería la carne de Cassandra, ni la de Loli, menos la de mi Caricia. Las mías son vacas lecheras, aunque leche lo que se dice leche, no dan. Solo Caricia daba. No hubo pala, ni fuerza, ni hueco en la tierra ni en el alma para enterrarla. Yo sola no podía. Al niño, con once años, todavía no le da ni pa clavar una estaca. Me lo llevé conmigo al lago. Nos quedamos allá, mientras se

iban los del matadero. Matar es un oficio lento, Don Oli. Sí señor, no le quito más tiempo. Entonces mañana lo espero a las nueve.

La madera del suelo no crujió cuando colgó el teléfono. No pude saber si iba o venía. Estuvo allí por un tiempo sin hacer nada. Luego se fue a su cuarto. Lloró hasta que amaneció, en medio de un ahogo profundo y negro: un ahogo que los eucaliptos del lote mecían desde lo alto. Era una noche cargada de viento. La primera del hambre.

Fritas, otra vez

El queso se acabó por primera vez desde que tuve memoria. La noche anterior me había comido el último pedazo, la última esquina rancia. Leche aún quedaba: media botella reposando bajo su propia nata. La acompañaba una ramita de cebolla larga, quemada por el frío, y medio tomate seco: el bodegón del hambre.

Abrí la alacena. Busqué algo fácil para comer: harina, panela, aceite, cubitos de sabor para el arroz y las sopas; garbanzo, frijol y lentejas; una lata de arvejas y zanahoria picada.

Mi mamá se había ido con Clímaco.

Hice cuentas. Pensé: esta noche hay fritas otra vez.

Cuando éramos niños, antes de Caricia, antes de que se muriera mi papá, mucho antes, incluso, de que se fuera de casa, las fritas se hacían en noches especiales.

Noches, tal vez, en las que mi papá no tenía que ir a trabajar.

Tal vez, sábados o jueves en la noche.

Tal vez, una única noche,

o una noche vivida mil veces,

repitiéndose en mi cabeza durante años.

Una única noche

como un eco.

Durante esa o esas noches, mi mamá hacía fritas y las acompañaba con sánduches de queso. Usaba un pan blando que, al tostarse contra la sartén, liberaba una especie de humo azucarado, casi un incienso, que invadía toda la casa. Entonces, sin decir nada, sin que mi mamá nos llamara, mi papá, Requesón y yo salíamos de nuestros cuartos, que eran

un solo espacio dividido por paredes delgadísimas de triplex. Atravesábamos el corredor y al hacerlo el suelo de madera crujía: nunca tanto ni mejor que aquel pan tostado que nos llamaba.

Nos sentábamos en la mesa y mi mamá nos servía los platos con las fritas y los sánduches y café con leche.

Saqué la panela y la raspé con el cuchillo de la cocina. Puse la raspa en un plato tintero. Me serví un pocillo de leche y volví a mi cuarto. Tenía un montón de tareas pendientes del colegio. Cosas para hacer durante el fin de semana. Ecuaciones. Mapas. Partes del cuerpo por calcar. Sintagmas nominales y verbales. Causas y consecuencias del costumbrismo en Colombia: enumerar tres, al menos.

Esta noche hay fritas otra vez, pensé. La comida en casa se había ido acabando de a pocos, los mercados reduciéndose.

Esta noche hay fritas otra vez. La primera vez que las hizo fue una sorpresa. Volver a probar aquel sabor de esa otra vida.

Esta noche hay fritas otra vez. La segunda, creí que había quedado masa. Una bola de masa para fritas de la noche anterior, en la nevera.

Esta noche hay fritas otra vez. A la semana intuí que las hacía porque harina y aceite era lo que más teníamos. Más que leche para el café. Más que el pan y el queso de los sánduches.

Esta noche hay fritas otra vez. Luego de un mes ella dejó de comerlas. Solo me servía a mí. Tampoco volvió a almorzar conmigo. Cuando regresaba del colegio, mi mamá servía mi almuerzo y salía a fumar bajo los eucaliptos.

Esta noche hay fritas otra vez. Me pregunté si estaba molesta. Si había descubierto mis robos de panela por las tardes. Estaba desesperada. El maldito de Oliveiro se había perdido del mapa, del diminuto mapa del pueblo, con la plata de las vacas.

Fritas al desayuno y a la comida. Harina y aceite nunca nos faltó. No recuerdo que fuéramos a comprar, pero por alguna razón, jamás se acababa.

Detrás del escritorio, junto a la leche y la panela, escondida por la fuerza de la costumbre, estaba la vieja guitarra de la casa. La única que sobrevivió a la gran inquisición de discos quemados, libros descuartizados e instrumentos rotos, con la que mi mamá dio por terminado su matrimonio.

La guitarra se salvó porque era de mi abuelo materno.

Tenía el color de la madera vieja. Era puntera: una curva en la parte baja de su cuerpo prolongaba el brazo unos cinco trastes más para hacer melodías. Me extrañó porque nunca vi a mi abuelo puntear.

La agarré para escapar de las tareas del colegio. Mientras la sacaba del rincón, se golpeó contra la pata de la mesa. Ese sonido, el de la madera hueca contra la madera seca, el de las cuerdas vibrando abiertas, me recordó que había un instrumento en casa, que ya había pasado más de un año de la muerte de mi papá y que yo aún no había aprendido a tocar guitarra. Re mayor, un triángulo sobre las tres primeras cuerdas. Sol mayor, la mano entera colgando de un dedo que se resiste a caer y se aferra a la cuerda seis. La mayor: esa pequeña trinchera.

La guitarra de mi abuelo era dura como él. Sus cuerdas metálicas estaban hechas para ser pisadas por la mano firme de un ganadero. Un hombre que trabajaba con la tierra y las estacas. Me dolió pisarlas con mis dedos, un poco menos lánguidos que un año atrás. Con mis dedos que nunca pudieron ordeñar a una vaca entera.

Hice sonar los acordes: estaba desafinada. Mi papá no me enseñó a afinar. Mi mamá no me enseñaría nunca.

Colgué la guitarra y me eché un poco de panela a la boca. Me supo al óxido de las cuerdas que se me había quedado en los dedos. El primer sabor diferente en semanas.

Todo está bien



Dices

todo está bien

miras llover

no escampa

finjes

que todo está bien

y a oscuras, buscas

la calma

hoy

la erosión de las certezas

también hoy

el naufragio interminable

justo hoy

cuando el hambre no da tregua

y el ayer castiga el corazón

dices

todo está bien

miras llover

no escampa

finges

que todo está bien

y a oscuras, buscas

la calma.

La mano ‘casi’ negra

Nos montamos en el Renault 4. Mi mamá iba al volante y Requesón, que había llegado de la universidad ese fin de semana, en el puesto del copiloto. Llevaba un saco de lana viejo y holgado, un saco inmenso, jeans rotos y botas gruesas.

Pareces una abuelita pordiosera, le dijo mamá cuando la vio subirse al carro.

Requesón se hizo la desentendida. Miraba por la ventana, a lo lejos. Yo iba atrás. Desde mi asiento la veía perdida en sus audífonos, oyendo a un cantante que había muerto años atrás por un escopetazo autoinflingido en la cara. Sus sesos habían quedado derramados en un saco grueso, inmenso, como el de mi hermana.

De vez en cuando, a Requesón se le olvidaban sus casetes en el equipo de sonido. A sabiendas de que no volvería en meses, yo los ponía. Los oía. Los tarareaba.

Yisus don uanme for a sombim.

Sombims ar never meid laic mi.

Salimos de la casa sin decir más. No era ese silencio el que me dolía, sino el de Caricia, el de los pasos de Caricia que ya nunca seguirían a mi mamá hasta el final del lote. No pusimos ningún casete.

Íbamos a la estación de policía. Íbamos a denunciar al viejo Oliveiro, que había aceptado las vacas de mala gana y luego se había perdido sin pagarlas. Íbamos a buscar ayuda, después de seguirlo por meses, y de tocar cientos de veces la puerta de su casa junto al lago, la misma que cada semana abría Mariela, su esposa, con una excusa nueva.

Tuvo un viaje. La otra semana lo encuentran, nos dijo la primera vez que nos atendió, desde el portón de flormorado, junto a su hijo menor. Tenía mi edad. No era hijo

de Oliveiro, sino de un matrimonio anterior. Su cara debía parecerse mucho a la de su padre original.

Al principio hablábamos con ella. Le preguntábamos por la familia y por los negocios. Por las vacas. Un par de veces seguimos a su casa llena de ventanas, que iban desde el suelo hasta el techo. Tomábamos café con leche, seguramente de Loli o de Kassandra; de ellas o del centenar de animales que el viejo Oliveiro lucía en sus prados inmensos, ocultos en las montañas, lejanos incluso para los queseros que solían comprarnos el producido. Café con leche y pan de queso caliente.

No ha podido volver, está en una feria. Su hijo, siempre junto a ella. No decía ni una palabra. Él y yo: dos accesorios. Tuvo un problema de salud, nos dijo otra vez. Vino y volvió a irse a que lo viera un médico en la capital.

En cada nueva visita, las charlas entre Mariela y mi mamá se hacían más cortas. Sus caras, más frías. Durante las últimas despedidas, el cierre de la puerta fue tomando el vuelo de un portazo seco.

En el pueblo se rumoraba que el viejo Oliveiro se había metido en problemas con la mano negra: con la mano nocturna que devolvía el equilibrio a parcelas y lotes cuando algún avispa empezaba a robarse el ganado de las fincas o la ropa de los tendedores.

Algunos decían que en la palma de esa mano había una boca, un mascadero negrísimo que se tragaba a los ladrones por la noche. La mano negra los encontraba en cualquier callejón, a la salida del tejo, fuera de las rocolas, camino a sus casas, y los tragaba sin mediar. Nunca volvían a aparecer quienes se topaban con ella: ni vivos ni muertos; ni sus partes, ni sus cenizas. Ni siquiera su nombre volvía a sonar entre los que los conocían.

Otros decían que era él, Don Oliveiro mismo, viejo amigo del abuelo, la mano entera o al menos un dedo importante de la mano. Si era así, ¿por qué se había perdido de la

faz del pueblo? ¿En qué le afectaba pagarnos nueve vacas secas, que apenas si le sumaban a su finca?

Quienes la habían visto, decían que la finca de Don Oliveiro era un país entero de vacas entre las montañas.

Este es un pueblo de viejas chismosas, decía mi mamá, mientras conducía hacia a la estación de Policía. Un pueblo de lenguas viperinas. Mientras hablaba aceleraba. Entre una frase y otra, metía los cambios. El motor respiraba con ella. Por eso a mi papá no le gustaba vivir aquí, continuó, Solo venía a ver sus vacas. Yo nunca quise terminar en este atolladero. Pero aquí estoy, aquí estamos, aquí estaremos un tiempo más. Estaremos para sobrevivir, no para escuchar ni hacerle corillo a las señoras en chancletas del lago, ni a sus chismecitos de gente de bien. ¿Oliveiro resultó ser un viejo hampón? Nada de raro tendría, nunca sabe una, con ese bacanal que ha tenido desde siempre, vaya una a saber. Detrás de un bacanal siempre hay un chanchullo. Pero de ahí a que Oliveiro sea el señor de las justicias nocturnas hay un trecho largo. Si nos robó, que pague, si no paga, que se lo lleven a la cárcel para que aprenda a ser gente.

En esas estaba mi mamá, a unos siete postes de luz de la estación, cuando sentí un golpe seco en la puerta, junto a la silla en la que estaba sentado. Un golpe metálico, que arrugó al Renault como si fuera un vaso desechable, y que me envió de cabeza hasta la otra puerta. Mientras volaba alcancé a ver al taxi que nos había golpeado. El Renault se desvió del camino. Alcancé a ver a mi mamá dar un cabrillazo al timón tratando de retomar el rumbo. El movimiento seco nos llevó a estrellarnos contra el sexto poste de luz que nos separaba de la estación. Mi mamá y Requesón fueron a dar contra el timón y contra la guantera. La sacaron barata, nos gritó el taxista desde su carro sin placas, sereno, antes de arrancar y perderse camino a las montañas.

No eran tan invisible la mano.

De día, la podíamos ver,

era morena, no negra,

era como cualquiera de nosotros.

La policía no vino a ayudarnos. Las señoras del lago pudieron vernos, desde sus ventanales. Pero nosotros nunca a ellas. El pueblo pareció congelarse. Solo la tarde avanzaba. Luego de un silencio largo, mi mamá nos preguntó si estábamos bien. Requesón tenía la cara ensangrentada. Un hilo rojo caía sobre su viejo saco holgado. Dijo que estaba bien, que nos fuéramos para la casa. Mi mamá nos llevó al hospital. Yo solo quería llegar al lote para que la noche no nos tragara.

Será

Llegamos al hospital que dirigía la tía Nola. Nos saludó a Requesón y a mí. Nos preguntó cómo estábamos con un cariño repentino y confuso; con una preocupación entre impostada y genuina. Cruzó miradas con mi mamá. Sin decir más, habló con algunos doctores para que nos examinaran a cuenta suya. No teníamos seguro médico.

Nos hicieron radiografías. Nos palparon. Nos alumbraron con linternas en los ojos. Yo tenía un chichón en la frente, venoso y morado, que palpitaba solo. Mi mamá tenía un dolor fuertísimo entre el cuello y la espalda. Más tarde supimos que había sufrido una lesión en la vértebra tres: una fisura mínima y dolorosa. Requesón tenía la nariz rota a la altura del tabique y los nervios alterados. Traía también un silencio pálido desde que supo que veníamos al hospital. La tía Nola nos dijo que aprovecháramos para hacernos exámenes de rutina.

Cuando llegó la hora de hacer pruebas de sangre, Requesón se echó a llorar desconsolada.

Volvimos a nuestro lote en el Renault cuatro arrugado como un papel. Había perdido una puerta y todos los vidrios del lado derecho. Renault tres, le dijimos desde entonces. Para manejar, mi mamá tuvo que usar un cuello ortopédico que le impedía girar y ver los espejos. Sin puerta y sin poder ver, tuvimos que irnos a diez kilómetros por hora, ahorillados en el camino. Lo que era un trayecto de cinco minutos tardó casi cincuenta.

Llegamos. Anochecía.

Requesón entró a su cuarto. Atravesó el suelo de madera con sus pies, los más ligeros e imperceptibles de la casa. Cerró la puerta corrediza de triplex. Se acostó contra la

almohada y dejó salir un chorrillo mínimo de aire y llanto. Un chillido cálido, triste, que se cortaba solo cuando tenía que respirar.

Escuché los pasos de mi mamá acercándose a la puerta. Golpeó dos veces. Requesón no quiso abrir. No necesito pruebas de sangre para saber lo que te pasa, dijo mi mamá. Yo con verte la piel, sé. Con verte los senos, sé. Con verte el pelo, cada vez más oscuro, sé. ¿Tú lo sabías ya?

Sí, mami, dijo Requesón.

Mi mamá se fue para la cocina a hacer la comida. Requesón siguió llorando.

Nunca habíamos sido cercanos. Éramos dos enemigos atrincherados en cuartos contiguos de triplex. Desde que tuve razón, habíamos peleado cada semana de nuestras vidas. Nos habíamos mordido, arañado, pateado, gritado, escupido, empujado e insultado. Solo dejamos de hacerlo cuando se fue a la universidad.

Saqué la guitarra del abuelo. La puse sobre mis piernas y me hice junto al triplex para que Requesón me oyera. Golpié un par de veces en su pared, como si fuera una puerta. Toqué el Re Mayor que me enseñó mi papá: únicamente ese acorde, desafinado para siempre en la guitarra de mi abuelo. Sin cambiar de nota y sin ritmo, canté:

‘Cuando era niño pregunté
óyeme madre, ¿yo qué seré?
¿seré muy rico? ¿seré feliz?
y ella me contestó
¿qué será, será?
será lo que deba ser
la vida te lo dirá
qué será, será...’

El señor de las putas calles

Diez años mayor que mi hija, dijo mi mamá, mientras estallaba el cenicero contra la pared. ¡Diez!, gritó. ¡Hágame el hijueputa favor! En diez años, mi hija será una mamá de 27 años. ¿Qué es lo que vende usted? ¿Tinta para impresoras? ¿Y en su trabajo no había a quién preñar? En diez años usted tendrá más de la mitad de su vida y la habrá desperdiciado casi toda en los andenes. Se lo pronostico, su vida seguirá siendo un desperdicio hasta el final. Yo a los suyos los leo facilito. Así como es el desayuno es también el almuerzo. No, usted no habla en mi casa. Usted no camina, ni se mueve en mi casa sin que yo se lo diga. Usted no tiene voz cuando yo la tengo. Usted es un espacio vacío aquí. Una cáscara ¿O quiere que llame a la policía? ¿Esa tinta que vende sí será legal? Hable de una vez, que yo los llamo. Con eso coge forma y presencia, pero de presidiario. De golpe y vende tinta para pintar barrotes negros. Nunca más el señor de las calles nocturnas, nunca más su carro parqueado cada viernes en la esquina, buscando en las niñas lo que las mayorcitas le niegan. ¿Eso es lo que se cree usted? ¿El señor de las putas calles? ¿La mano negra de las colegialas? Usted lo que es el señor del toner. Y no, no se va a casar con mi hija, ni se la va a llevar, porque en esta casa ya tuvimos un verduguito. En esta casa ya hubo una hija que se fue con el primero que la preñó. Pero esa hija ahora es la mamá. ¿Qué dijo entonces? ¿La pongo a vender toner conmigo? ¿A que lo venda por mí? ¿Usted cree que yo saqué a Papío a la calle y lo hice volar del pueblo con policía y todo para entregarle mi hija al primer idiota que se aparece en mi puerta? ¿Usted cree que yo me he matado todos los días de mi vida vendiendo lanas, cosiendo manteles, remendando prendas usadas para las vecinas, remendando también mis propios calzones, arando la tierra de mi papá y sembrándola, ordeñando vacas, alzando cantinas de leche, dejándome robar por las ratas del lago y

aguantándome las amenazas y la vergüenza, para que mi hija tenga que vivir, luego de todos estos años, la misma mierda que yo? ¿Usted de verdad cree que yo no he aprendido nada de tipos como usted? Usted es una desdicha, se lo digo para que no espere nada de su vida. Para que nunca suba sus expectativas en vano. Esto nunca se pondrá mejor para usted. Usted es un ovillo que nunca se va a desenredar. Usted es como esta estaca, con la que amarramos al suelo, al terruño huérfano como nosotros de tanto que nos han robado en los últimos meses. Usted es una estaca clavada en mis esperanzas. Usted es una trampa en nuestras vidas. Viene con su cara de niño escapado del colegio, tal y como lo hizo Papío, a convencernos de que la vida es siempre la misma mierda, aunque nada sea para siempre. Usted, o mejor, la puta fuerza que a usted lo trae acá, la fuerza que preñó a mi hija a través suyo, viene a que nos repitamos cada treinta años. Pero conmigo está meando fuera del tiesto, porque Requesón va a seguir yendo a la universidad, con barriga o con lo que toque. Requesón no va ser lo que soy yo, ni va a remendar calzones, ni a ordeñar las vacas heredadas, ni a sembrar la tierra. Requesón va a ser el fruto, no la siembra. Si yo soy un barranco, Requesón va a ser el río que se abre paso a través mío. Cuando tenga criterio, ella verá si quiere dejarse arrastrar por su sombra triste. Mientras tanto, mi hija se queda en mi casa, mi hija se queda en la universidad y usted se puede ir a la gran puta mierda a la que pertenece.

Siempre es lo mismo, pero nada es para siempre



Viene la mañana con su falso color

desplaza la noche y crees que todo es mejor

el invierno viene y va, gira por doquier

siempre es lo mismo pero nada es para siem

presientes de nuevo

una batalla interior

corriste por más y obtuviste más dolor

el barco no va a ningún lado y tú quieres ir

siempre es lo mismo pero nada es para siempre

este mundo que fracasa, odia fracasar

fueron los decentes: lo hicieron tropezar

todo el mundo estaba para verte caer

siempre es lo mismo pero nada es para siempre

si yo hubiera existido seis siglos atrás

andaría descalza, llevando mi canción

tu y tus cuentos pueden irse por un sifón
siempre es lo mismo pero nada es para siempre

fui buscando la riqueza en cada estación
en mi haber no falta nada, solo el amor
alguien puso ingenuidad en mi corazón
seguiré buscando espero no sea para siem

preocupados por la cima,

alcanzando el viento

porque siempre es lo mismo pero nada es para siempre.